



La primera exploración del cráter del Cotopaxi: el volcán activo más alto de la Tierra

The First Exploration of the Cotopaxi Crater: the Highest Active Volcano on Earth

■ César Pérez de Tudela y Pérez

La Tierra que es nuestro mundo está explorada y el hombre moderno lo conoce todo. La tecnología actual permite cualquier viaje. Se alcanzaron los Polos con gloriosas páginas de esfuerzo. Con voluntad y riesgo se llegó hasta la cima más alta de la Tierra. Se atravesaron regiones naturales desconocidas, mares helados, entremezclándose formas de vida y contrastadas costumbres. Nada está alto. Nada está lejos. Nada es remoto. Ninguna forma de vida es extraña al hombre contemporáneo. Y así, el misterio, consustancial en la vida del ser humano, parece ya no existir. Sin misterio y aventura el hombre se separa más de su dimensión eterna y la vida pierde gran parte de su sentido. ¿Qué es la vida sino el peregrinaje permanente hacia el misterio? Ideal de fama, afán de gloria. Aparece el caballero renacentista pleno de deseos científicos y deportivos.

Desde hace más de treinta y cinco años recorro esta Tierra, que es nuestra, buscando la montaña más lejana, las costumbres más remotas en los caminos perdidos. Entre mis diversos proyectos pendientes siempre recordaba al volcán Cotopaxi, el altivo cono de hielo de 6.000 metros de altura en el Ecuador. Subí a esa cima a comienzos del año 1972 abriendo una nueva ruta por el lado izquierdo del Yanasacha. Fue una singular realización alpina y deportiva. Desde la cumbre miré a las vecinas selvas orientales de la Amazonía, que en aquellos años todavía ofrecían incomparables posibilidades de exploración geográfica. Pero más asombro me produjo dirigir la vista hacia las profundidades del cráter. Las nubes descubrían un espan-

El autor es explorador alpino, alpinista y Académico de la Real Academia de Doctores de España. El primer descenso al fondo del cráter del volcán Cotopaxi fue emitido en dos ocasiones por el programa de Televisión Española (TVE) *300 millones*, viéndose en España y en todos los países de nuestro idioma. El reportaje fue transmitido también por otras cadenas de televisión europeas facilitado por TVE. La Editorial Everest publicó en 1981 el libro *Expedición al Cotopaxi*, y la Real Sociedad Geográfica, en su Boletín número 42 de 1979, incluyó un informe de la expedición felicitando a su director, el autor de este relato.

toso precipicio donde se mezclaban hielos y vapores con aspecto apocalíptico. Entonces aún no se sabía su profundidad, ya que nadie había descendido nunca a su interior, a pesar de que desde una decena de años antes diversas expediciones deportivas y científicas lo venían intentando sin éxito.

Pasaron ocho años en los que diferentes expediciones me alejaron del Cotopaxi: montañas del Ártico, Himalaya, cordilleras africanas... pero no hicieron que olvidase el grandioso accidente geográfico que el cráter del volcán representa. Durante estos años, el Cotopaxi, había sido visitado por decenas de equipos que intentaban explorar tan misterioso lugar, entre las que habría que destacar, por lo cerca que estuvieron del éxito, los equipos de exploración de los Institutos Geológicos de Polonia y Checoslovaquia, formados por expertos alpinistas y vulcanólogos.

En 1979, el programa *300 millones* de Televisión Española me incluyó como reportero de grandes aventuras en la naturaleza americana. Esta circunstancia me permitió afrontar la organización de una expedición cuyo objetivo fuera la exploración del Cotopaxi. Me acompañaba, con funciones de cámara, el alpinista Manuel Sánchez Guijarro. El resto del equipo lo formé con andinistas ecuatorianos: Ramiro Navarrete, Belisario Chiriboga, Emil Morán, Mauricio Reinoso, Milton Moreno y Marcos Serrano, contactados por las amigables gestiones del padre jesuita José Ribas, del club del colegio San Gabriel de Quito.

Las jornadas previas a la exploración fueron muy tensas para mí; sentía ese especial miedo ante lo desconocido y me preguntaba insistentemente cuales habrían sido las causas por las que otras expediciones habían fracasado. Me veía junto a mis compañeros en el fondo del grandioso cráter, con una extraña sensación de peligro: los bordes interiores del "Anillo de hielo" del cráter, ablandados por las fuertes emanaciones de gases y las altas columnas de vapor y azufre, podrían desprenderse sobre nosotros en cualquier momento... Había pensado durante años llevar allí los medios adecuados: cuerdas estáticas de cien metros, un ligero torno de rescate en pared, que pudiese izarnos en caso de extrema necesidad, caretas antiguas y los equipos de filmación.

Cruzamos Liopungo dejando a la izquierda el Rumiñahui y los Illinizas, frente al Antisana y el Chincholagua. Era una preciosa noche estrellada. El cono de hielo del Cotopaxi brillaba en lo alto cuando pisábamos las lavas secas y crujientes de las laderas del volcán en activo más alto de la Tierra. El glaciar se había retirado centenares de metros en esta montaña que durante los últimos diez años había variado de inclinación. El equipo de amigos ecuatorianos se abrió paso por el hielo del volcán, en el que apenas penetraban los crampones. Allá arriba, a quinientos metros de altura sobre nosotros, se hallaba la grieta del Yanasacha. Pero, en esa primera exploración sólo pretendíamos observar desde los bordes del cráter la mejor ruta de descenso que se encontrase libre de rebordes y contrafuertes de hielo que pudieran romperse y caer sobre nosotros...

Volvimos unos días después a la montaña, cuando las tormentas dejaron libre de nieve los campos de lava. También de noche salimos del refugio José Ribas, viendo fulguraciones eléc-

tricas sobre el Rumiñahui. Cruzamos grietas y escalamos los numerosos zócalos helados hasta las proximidades de la cima. El altímetro marcaba 5.975 metros y la presión había bajado extraordinariamente. Fue entonces cuando una tormenta de gran violencia nos envolvió, obligándonos a improvisar, a golpes de piolet, un refugio en el precipicio de la pendiente nevada. Las emanaciones de gas, el viento y el frío, junto a las frecuentes descargas eléctricas desanimaron a los jóvenes componentes de mi equipo, quienes meses anteriores a mi llegada habían intentado el descenso al cráter. Diez grados bajo cero. El altímetro seguía marcando la misma altura. Varias horas después el sol comenzaba a verse y la moral de mi equipo se levantó también.

El espectáculo desde el borde del cráter era tan grandioso que se podría calificar de sobrecogedor. Un inmenso agujero cuyo fondo no podía divisarse por la intensidad de las fumarolas que mezcladas con las nubes entraban y salían de aquél descomunal sumidero negro. Allí abajo veíamos el "Anillo de hielo", casi un perfecto círculo blanco, cuya área sería de varios kilómetros y cuyo diámetro alcanzaría los ochocientos metros.

Distinguimos entre nieblas el sitio que, en la anterior exploración, habíamos decidido como más conveniente para el descenso: una ligera brecha entre "viseras" de hielo, en el lado opuesto del cráter por donde intentó descender la expedición checo-polaca. Ese atardecer nos fotografiamos en la cima del Cotopaxi, y se realizaron filmaciones del cráter.

Descendimos para acampar fuera de la influencia del volcán, salvaguardados de sus emanaciones intoxicantes. Ello fue la llave del éxito.

Durante la siguiente noche la niebla cubrió la parte alta del Cotopaxi, nevando abundantemente. Me resigné al fracaso entre el sopor de los sueños y la irrealidad que estábamos viviendo bajo el sonambulismo de la altitud. Pero el amanecer trajo la luz del sol para animarnos. Con una temperatura de quince grados bajo cero preparamos el descenso que iniciamos por una afilada arista hacia el "Anillo de hielo", dejando a un lado los precipicios rocosos. Descendimos con varios rapeles, observando que por sus lados interiores el "Anillo de hielo" es sólo una arista hueca, a causa de las emanaciones de gases y calor proveniente de la caldera.

Di instrucciones para fijar el torno de rescate en el lugar que días atrás habíamos decidido. Marcos Serrano se encargó de realizarlo, ayudado por Milton y Morán. Ramiro Navarrete, Belisario Chiriboga y yo seríamos quienes descenderíamos al fondo del cráter, mientras Sánchez Guijarro filmaría todo cuanto fuera posible.

Casi sin creerlo nos vimos colgados de las cuerdas, entre sobresaltos al pisar un terreno tan desconocido para nosotros. Con los cascos puestos para protegernos de las caídas de piedras, las máscaras antigases y los transmisores de radio abiertos, iniciamos la entrada en el interior de la Tierra. Si el descenso discurría ineludiblemente por pared vertical utilizaríamos el torno; pero, poco a poco íbamos encontrando rutas que evitaban la verticalidad y los muros extraplomados, llegando incluso a destrepar con relativa facilidad, buscando repisas. Utilizamos varias cuerdas de cien metros, anclándolas como mejor podíamos en las rocas volcánicas, muy calientes e inestables. Las fumarolas de gases eran muy frecuentes y de gran intensidad, pero no veíamos los "agujeros" que los polacos habían citado en el informe de su expedición y que

tantas preocupaciones me habían representado. Era aquél un ambiente irreal y distinto a cuantos anteriormente había recorrido. Después de tantos miedos pasados me encontraba bajando con seguridad, sin dejar de observar las grandes cornisas de hielo, centenares de metros sobre nosotros, las que reblandecidas por el calor se desprendían con frecuencia barriendo el interior del cráter. Cien metros más abajo pudimos llegar a la misma chimenea magmática.

Estábamos abajo y mi mirada se centraba en el "Anillo de hielo" que ahora veía invertido desde las profundidades, cerrando completamente mi horizonte. Las piedras estaban manchadas del azufre, que rebosaba por todas partes en cuanto se removían las rocas a nuestro paso. Éramos los primeros hombres que, después de tantos años e intentos, recorrían este hoyo gigantesco y misterioso: la sima del volcán más alto de la Tierra. Indiqué a Navarrete que recogiera muestras y midiera la temperatura de las fumarolas de vapores y gases, que se derramaban por cualquier fisura, para facilitar datos a los estudiosos de la Universidad de Quito.

Desde quinientos metros más arriba nuestros compañeros nos advertían que iniciásemos la subida lo antes posible. Una tormenta eléctrica se aproximaba sobre el "Anillo de hielo", desde el que la escapada hacia el borde del cráter es muy difícil cuando el viento y la niebla se establecen allí. La diferencia de temperatura era notable: en el fondo deberíamos encontrarnos a veinticinco grados sobre cero, frente a los diez bajo cero del "Anillo de hielo".

Ni Navarrete, ni Chiriboga, ni yo, dábamos crédito a la realidad que estábamos viviendo en aquel ambiente eufórico e irreal, con frecuentes sacudidas que producían, instantes después, las salidas de gases por las infinitas fisuras y agujeros, algunas con enorme presión, produciendo zumbidos y curiosos silbatos.

Lentamente iniciamos la subida. La posible filtración de gases —a pesar de las caretas— hacía que nos costara mayor esfuerzo la escalada por aquellas piedras calientes, bajo el clima asfixiante que soportábamos, mezclado con la altitud. Me parecía imposible estar regresando de la aventura, recordando mis cavilaciones cuando preparando mentalmente la exploración había previsto que sería necesario montar un campamento en el interior. Cuando alcanzamos la cima del Cotopaxi una intensa tormenta eléctrica estallaba sobre la montaña, y el descenso se efectuó envueltos en la niebla y en el "zumbido de abejas", sintiendo cómo nuestros pelos se erizaban a pesar de las vestiduras y del casco a causa de la electricidad estática que nos acompañó durante todo el recorrido...

* * *

Addenda

Nous Alexis d'Anjou, par la Grâce de Dieu et en vertu de Nos droits héréditaires Chef de la Maison Royale d'Anjou de Naples et Prince d'Anjou du Sang de France, Duc de Durazzo, Comte de Gravine et d'Albe, Seigneur de l'Honneur du Mont Saint Ange. A tous présent et a venir Salut! A notre bien aimé Messire Don César Pérez de Tudela y Pérez:

"En reconocimiento por vuestros méritos excepcionales como explorador de renombre mundial, gran viajero y divulgador de paisajes lejanos y de formas de vida exóticas, a través del mundo y durante más de un cuarto de siglo, en el curso de los cuales, por vuestras exploraciones y escaladas habéis dado a la juventud un nuevo sentido de amor a la naturaleza y a la paz, y más especialmente en recuerdo de vuestra exploración al más alto volcán en actividad, exploración en el curso de la cual los hombres han descendido por primera vez al fondo del cráter, teniendo presente por otra parte los servicios rendidos por vos a nuestra persona y a nuestra Casa. Es nuestra voluntad ingresaros en la Nobleza de la Casa Real d'Anjou de Nápoles, como Barón de Cotopaxi. Título transmisible a vuestros descendientes directos. Y es nuestro deseo de concederos nuevas Armas, que junto a las que ya poseéis por vuestra familia. El escudo sobre un campo azul representa un volcán de plata sobrevolado por un cóndor. El escudo bajo la corona de Barón. Dado en Londres el uno de enero del año de Nuestro Señor Jesucristo de mil novecientos ochenta y cinco. Legitimado por Narciso Martín Abril, Notario de Madrid, a veintiséis de abril del mismo año".